

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION		
	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS
VIUDA É HIJOS
DE
JOSÉ AMALIO MUÑOZ
FUNDADOR

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION		
	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la		
Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO III.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Madrid 7 de Enero de 1879

NÚMERO 25

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por V.—Año nuevo, por D. Manuel Perez Villamil.—La Virgen Santísima y el Arte Cristiano, por V.—En un Album, poesía de D. Aureliano Fernandez Guerra.—Theudis, por D. Juan Catalina García.—Lección de Filosofía, por J. Alarcon.—Necrología.—El Castillo de Tercio-pelo, novela de Paul Feval, traduccion de D.^a Balbina Antúñez.—Novedades literarias.—Jeroglífico.

GRABADOS. Retrato de D. José Amalio Muñoz.—Tipos del Afghanistan.—Puerta de la Catedral de Sevilla

dad, sino invencion y fantasía desde la cruz á la fecha.

Y este procedimiento es ya antiguo: todavía anda por los puestos de libros viejos el *Voyage en Espagne* del caballero de Saint-Gervais, publicado por Lantier en 1820, donde se pinta á España como una provincia del Africa, con el aditamento consiguiente de cuadrilleros é inquisidores. Véase el

caso que se ha de hacer de los libros de viaje franceses y de sus vistas y panoramas.

Por lo demás, la puerta de la catedral de Sevilla á que se refiere el grabado, es la que da á la nave llamada del Lagarto, formada por un arco árabe que perteneció á la antigua mezquita, derribada por San Fernando para construir la actual basílica cristiana.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de D. José Amalio Muñoz, fundador de LA ILUSTRACION CATÓLICA.—(Véase el artículo *Necrología*).

Tipos del Afghanistan.—La importancia que tiene en estos momentos, cuanto se refiere á este país, nos ha inducido á publicar estos tipos, que representan el uno al ejecutor de la justicia con su ayudante, y el otro á los soldados del lejano imperio en traje de verano.

Los Afghanes, á pesar de su carácter indómito y belicoso, han sido varias veces conquistados por sus vecinos los señores de Iran. En 1722 lograron, sin embargo, invadir la Persia; pero fueron rechazados por Nadir-Schah, á cuya muerte se sublevaron, constituyendo en 1747 un imperio que se extendía desde Delhi hasta Balk. Hoy este país, codiciado por Inglaterra y Rusia, está siendo pretexto á futuras guerras entre estas naciones.

Puerta de la Catedral de Sevilla.—Más que para idea exacta de este precioso monumento, reproducimos el dibujo del famoso artista francés Gustavo Doré, que lleva este título, como muestra del modo que tienen los franceses de ver las cosas de España.

Nuestros lectores verán poblada de moros la puerta de la catedral sevillana, espectáculo singular que no habrán visto nunca los hijos de la afortunada reina del Bétis.

Pero ya se vé, los franceses, que creen que el Africa comienza en los Pirineos, que tratándose de cosas españolas, sueñan con las costumbres árabes del Cairo ó de Marruecos, no habian de pintar un monumento de Sevilla sin el correspondiente ornato de moros, jaiques y turbantes.

Esta es una prueba de la formalidad francesa, de su severa crítica, de su ilustracion admirable. Publican un libro elegantísimo con el título de *La España*, con objeto de dar á conocer en Europa nuestros monumentos y nuestras costumbres, y ni los monumentos son nuestros monumentos, ni las costumbres nuestras costumbres, ni la verdad ver-



D. JOSÉ AMALIO MUÑOZ † EL 14 DE DICIEMBRE DE 1878

AÑO NUEVO

El Sr. D. Ceferino Suarez Bravo, que por dos meses ha dirigido docta y gallardamente LA ILUSTRACION CATÓLICA, empuñado desde el 2 de Enero en la árdua tarea de publicar un nuevo diario religioso, intitulado *El Fénix*, se ha visto obligado á dejar la direccion de esta Revista, confiada por la empresa al antiguo colaborador que suscribe. El cual, al aceptar este encargo, sólo ha pensado en la importancia religiosa y artística de la publicacion, en los beneficios que presta á las buenas ideas con lecturas sanas y amenas, en la accion irresistible que ejerce sobre las buenas costumbres con grabados piadosos y edificantes, y en la parte eficazísima que tiene en la restauracion artística de nuestra patria con la publicacion y descripcion de monumentos nacionales.

La empresa, en este concepto, nos ha parecido no solamente útil y buena, sino conveniente y necesaria. La revolucion, inspirada por el espíritu del mal, ha dirigido sus ataques á todos y cada uno de los baluartes de la sociedad cristiana, destruyendo en poco tiempo lo que edificaron muchos siglos y generaciones pretéritas; la tarea de los católicos consiste en reparar tantos males, oponiendo á los estragos de la revolucion las saludables obras del cristianismo.

La amena literatura y las ilustraciones artísticas tienen directo influjo en esta restauracion, porque si la literatura endulza y suaviza los alimentos del alma, saludables ó nocivos, propagando fácilmente su consumo, las ilustraciones artísticas con su lenguaje universal y sus formas graciosas y bellas, entran por los ojos de todas las gentes para depositar en los corazones los gérmenes de la virtud ó del vicio.

Por eso los impíos se han aprovechado tanto de estos medios para propagar el mal, logrando con ellos éxitos ruidosos que difícilmente hubieran conseguido de otro modo. Este terreno, sin embargo, es enteramente nuestro, como lo son todas las enseñanzas con que la revolucion ha adornado sus banderas para seducir y engañar á los pueblos. Nuestra es la buena literatura moderna, nacida y educada en los claustros de los monasterios antiguos, y nuestros son los monumentos artísticos con que más se honran las naciones europeas, levantados por mano de la fe católica y embellecidos por la de escultores y pintores fidelísimos. Las obras de la impiedad son expósitas, ni tienen padres conocidos ni se merecieron en honrada cuna. A fuerza de fraudes y usurpaciones lograron tomar apariencias de legítimas, y cuando gozaron de algun crédito, temiendo perderlo á la luz de la verdad cristiana, empeñáronse en apagar esa luz que denunciaba su bastardía.

No ha sido otra la causa del vandalismo moderno, que en pocos años ha dado al traste con el museo colosal de nuestras riquezas artísticas. Los campos se han quedado desiertos y tristes sin los castillos y ermitas que coronaban sus montes, y los monasterios y cruces que animaban sus llanuras; las ciudades, roto el valladar de sus muros, se han vestido de estuco y almagra, arrojando al suelo sus preceas antiguas, y sobre todo sus iglesias monumentales. España es hoy campo de ruinas, invadido de reptiles, sobre el cual levantan de trecho en trecho la cabeza calva y abatida, algunos venerables restos del patrimonio perdido y disipado.

Pensando en ellos, cuando LA ILUSTRACION CATÓLICA ensanchó sus páginas y mejoró sus formas tipográficas, dirigimos una carta al Sr. D. Valentin Gomez, que dignamente la dirigia, proponiéndole una idea que halló favorable acogida en su claro entendimiento. LA ILUSTRACION CATÓLICA, decíamos entonces, debe reproducir por medio del grabado las ruinas de nuestros monumentos, reconstruir esas ruinas por medio de la crítica, y formar el gusto del público hacia las maravillas del arte cristiano. A poco que se trabaje, añadimos, podrán exhumarse columnas y capiteles de peregrina forma, portadas bizantinas y góticas, restos de sepulcros y de altares, estatuas, muebles y multitud de otros objetos artísticos, que bien clasificados pueden dar una idea clara del arte español y por consecuencia del carácter genial y afecciones íntimas de nuestro pueblo.

Al tomar hoy á nuestro cargo LA ILUSTRACION

CATÓLICA, creemos llegada la ocasion de realizar la idea, sobre todo si los amantes de las glorias artísticas de España nos favorecen con su concurso. No ha de faltarnos el de nuestro queridísimo amigo D. Aureliano Fernandez Guerra, príncipe de nuestros arqueólogos, cuyo nombre se pronuncia con amor y con respeto en todas las academias de Europa.

Pero necesitamos más: que los amantes del arte cristiano en España nos remitan descripciones y dibujos de cuantos monumentos desconocidos existen en nuestro país, ya guardados en iglesias y museos, ya abandonados entre el polvo de las ruinas. No reparen en que los dibujos sean imperfectos, las fotografías pálidas y borrosas, las descripciones incompletas ó desaliñadas: cada cual, haciendo lo que puede, hace bastante; que el mérito de las buenas acciones descansa en la buena intencion más que en los resultados prósperos y felices. Aquí nuestros dibujantes y grabadores procurarán mejorar las imperfecciones de los dibujos remitidos, y personas doctas y literatos corregirán los escritos que lo necesiten, para que la publicacion resulte completa y esmerada.

Previendo un inconveniente para esta empresa, cual es lo poco que en España se cultivan los estudios artísticos y arqueológicos y el desconocimiento casi absoluto que la generalidad de las gentes tienen de estas materias, vamos á publicar en la Revista unas ligeras nociones de arqueología sagrada, acompañadas de grabados que faciliten la inteligencia del texto. Los que quieran ampliarlos podrán hacerlo en las obras que oportunamente se citarán y en los artículos especiales de distinguidos escritores que verán la luz en la Revista á propósito de monumentos insignes. De este modo creemos poder vulgarizar los estudios artísticos en España y allegar materiales para la Revista, originales, útiles, y de importancia para la restauracion del arte cristiano en nuestra patria.

De otras reformas que proyectamos para acrecentar el interés de la Revista, no queremos decir aquí nada, porque nos parece de mal gusto celebrar con pomposos y anticipados elogios mejoras que sólo debe acreditar la experiencia. Basta consignar nuestro propósito de hacerlas en cuanto lo permitan nuestras fuerzas y las condiciones de la empresa.

«Para llevarlas á cabo, decía hace poco el señor Suarez Bravo, y ahora conviene repetirlo, es preciso que el clero, que las familias cristianas, que todos los que aman las sanas ideas, las artes bellas y el verdadero progreso, que es el que va guiado por la verdadera fe, contribuyan por su parte á esta obra de recreo y de instruccion, que los hábitos modernos han hecho casi necesaria.»

«Ya que podemos con razon lisonjearnos de ser superiores en el espíritu, debemos tambien aspirar á igualar en belleza material á cuantas publicaciones ilustradas de este género ven la luz en España.»

«Se ha vencido lo mas arduo del camino á fuerza de costosos sacrificios. Del público depende lo demás. Cada católico que se suscriba lleva una piedra al edificio.»

Poco debemos añadir á tan hermosas frases: nuestra humilde direccion encuentra allanado por ilustrados predecesores el camino del triunfo para esta obra de restauracion católica: á él aspiramos, confiando en el favor divino y en el concurso de todos los buenos.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

LA VIRGEN SANTÍSIMA Y EL ARTE CRISTIANO

Apuntes para un libro sobre la influencia del Catolicismo en el Arte

VI

LA REGENERACION DEL ARTE

Los estragos de la revolucion en el arte no tienen medida; hace años que no se piensa más que en destruir, porque la barbarie ha sido reducida á sistema. Templos magníficos que levantó la piedad de los pueblos, monasterios admirables que erigió el ascetismo cristiano, palacios y castillos,

cruces y ermitas, monumentos de todo género que brotaron al calor de la civilizacion católica, todo ha sido presa de la impiedad coaligada con la codicia, y

de todo apenas quedan las señales.

La revolucion es lógica en su sistema, porque borrando del suelo las huellas majestuosas de la civilizacion cristiana, se hace más fácil el extraviar á los pueblos para hundirlos en el ateísmo y en la barbarie. La Iglesia habia cubierto á Europa de maravillas artísticas, porque la Esposa inmaculada de Jesucristo fué siempre amiga y protectora del arte, del cual se sirvió y sirve para engalanar sus moradas, donde es honrado su Esposo divino con el culto de los hombres. Era natural que la revolucion destruyese la obra de la Iglesia, y esta empresa comenzó en el siglo XVI, cuando el Renacimiento clásico enturbió las fuentes del arte cristiano de la Edad Media. En vez de *usar*, como se debia, de los restos preciosos del arte antiguo, para perfeccionar la forma de los monumentos cristianos, se *abusó* de ellos por completo, cayendo el arte en la ingratitud y en la apostasia. Se dejó la belleza del Criador por la de la criatura, y el naturalismo lo invadió todo con las poesías de Lucrecio y los mármoles de *Praxiteles*.

No hay, sin embargo, que echar toda la culpa de esta ruina del arte cristiano al Renacimiento del clásico, porque la antigüedad pagana, con carecer de la luz del Evangelio que nosotros poseemos, no llegó á proclamar las doctrinas groseras del arte para el arte. «Los dioses, habia dicho Platon, no nos han hecho el don de la poesía, del canto y de la música para que simplemente gocemos un deleite inmortal, sino para que con su auxilio pongamos el debido concierto entre los varios y discordes impulsos y movimientos del ánimo, y para que recobremos en el sistema de nuestra vida interior aquella moderacion y aquella belleza que suelen echarse de menos» (1). La impiedad moderna ha avanzado, pues, en el camino del materialismo estético, hasta donde no se atrevió á llegar el paganismo de los griegos, ha roto los lazos que unieron siempre á la belleza natural con la belleza moral, empujando el arte á los escándalos de vergonzosa prostitucion, donde no le han faltado aplausos y recompensas.

En este estado era consiguiente la destruccion de los monumentos cristianos, que estaban acusando con la elocuencia de sus maravillas artísticas la degradacion brutal de los tiempos presentes. Así se explica la ruina del arte, que se arrastra hoy por los talleres de la industria y por las exposiciones universales como el hijo pródigo del Evangelio cuando hubo gastado en la disolucion y en la crápula la rica herencia que recibió de su padre.

Pero este estado ¿no habrá de tener término? El arte cristiano, ¿no renacerá como el fénix de sus propias cenizas? Para contestar negativamente á estas preguntas, sería necesario desconocer la fecundidad de la Iglesia, que conserva siempre intactos los tesoros de la belleza y del arte. La Iglesia posee en su plenitud la verdad, la bondad y la belleza, y ofrece con estos manantiales de inspiracion, otros fundados en sus tradiciones y misterios. Por esto debemos esperar en el renacimiento del arte cristiano, el cual ya comienza á despuntar en el horizonte como los primeros rayos de la aurora que anuncia con sus rosadas tintas las horas brillantes de un espléndido mediodía. Ahora bien; este renacimiento del arte cristiano coincide, como es natural, con el renacimiento del culto de la Virgen, que sin extinguirse nunca, habia, sin embargo, decaído tambien en medio de las tinieblas de la revolucion moderna. Esta devocion, la más dulce y consoladora de todas, la más conforme á los sentimientos del corazón, inspiradora constante de los poetas y de los artistas, parece presidir el movimiento de restauracion religiosa que en la cristiandad se observa. Es natural que los pueblos, víctimas de las persecuciones revolucionarias, busquen en el regazo de su Madre el amparo que necesitan, y que el arte á su vez, manchado por la sensualidad y el materialismo, acuda á purificarse en las aguas cristalinas de la devocion de la Virgen.

(1) *Timoeus ad Rep.*, vol. IX., pág. 339.



Ya lo hemos dicho otras veces, pero ahora conviene repetirlo: uno de los mayores consuelos que tuvimos al visitar los museos de Florencia, fué el ver una multitud de artistas copiando con avidez y con singular maestría las Vírgenes del Beato Angélico y de las otras pinturas de la escuela mística. Claro está que no revela esto gran originalidad en el arte, porque copiar no es producir, aunque se copien maravillas; pero siempre será éste un buen síntoma de la restauración del arte cristiano. Lo mismo decimos de las construcciones góticas que se multiplican en Alemania, Inglaterra y Francia especialmente; las que conocemos dedicadas casi todas á la Virgen Santísima, son méras imitaciones del arte artífice; nuestros arquitectos no hacen más que copiar las ojivas, agujas, ornámcas, pilares y bóvedas de los monumentos de la Edad Media, acomodándolas á las proporciones de los templos que construyen. El arte carece todavía de vida propia, de inspiración y de originalidad; pero no por esto los ensayos de restauración deben despreciarse, sino al contrario, se deben aplaudir y favorecer cuanto se pueda, porque la imitación es fruto de la admiración, y la admiración es el sol de las almas. La admiración por el arte cristiano de la Edad Media, supone acrecentamiento de vida, de fuerza y de fecundidad en el genio de nuestros artistas; «del mismo modo ha dicho un autor que el sol hace crecer, atrayéndolas, á las flores que se vuelven hacia él; así la admiración hace subir hacia la belleza á las almas que admiran.»

Admirando, pues, las obras que el arte cristiano nos ha transmitido, nos predisponemos favorablemente á la restauración artística que nos es tan necesaria. Pero esto basta, puesto que el culto de la Santísima Virgen ha sido en todo tiempo rico venero de inspiración artística; propagar este culto, es contribuir eficazmente á la restauración del arte, el cual, para elevarse á gran altura y producir obras maestras, debe renunciar á toda gloria humana y repetir siempre en sus luchas como en sus triunfos este lema de los monjes y caballeros de la Edad Media: «No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para la gloria de tu nombre:» *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam.*

V.

EN UN ÁLBUM

¡Brisa y luz, himnos y flores
al gélido invierno pides,
y á las canas ateridas
los alientos juveniles?

¡Ay, que ya el estro divino
en mi mente no reside,
ni abrasan mi sien las rosas
de los vergeles de Chipre!
¡Díerame tú el alborozo
de tus risueños abrilés,
la discreción quo atesoras,
las ilusiones felices!

Tú, en el paterno regazo,
de amor y esperanza vives;
yo entre desengaños toco
de la vida los confines.

¿Dónde el armónico plectro;
donde los gayos decires;
ni la inspiración amiga,
para mí siempre difícil? (1)

No ya en los cármes patrios
que el Genil y el Dauro ciñen;
de amistad al dulce hechizo,
de amor al fuego sublime.

No en vítores de la plebe,
á cualquier viento movable;
ni en la ardorosa palestra
de los ingenios sutiles.

Todo pasó: aquellos días
que el sol en púrpura tiñe,
no lucen ya, convertidos
en noche desapacible.

¿Lo ves? Anhele inspirarme
allí donde tú naciste;
y de nuestras alegrías
sólo recuerdos me afligen.

Fuí peregrino en mi patria;
desconocí sus jardines:
muros, alcázares, templos...
nada al huracán resistí!

Miré en derredor, y falta
cuanto escogí, cuanto quise:
padres, amigos, maestros
dignos de eternos buriles;
¿quién jamás rindió tributo
á la envidia aborrecible,
del granadino liceo
aliento y cronista insigne? (1)

Y aquel que partió conmigo
lauro en dramáticas lides,
prez de Gerona, y del foro
español lúcido timbre (2).

Ya del albergue nativo
llego á la plácida linde;
trémulo y mudo, á los ojos
se agolpan lágrimas tristes.

¡Ay, cuán mudado le encuentro!
en sus paredes humildes
tan sólo el de antiguas armas
noble escudo sobrevive.

Y ¡oh placer! también aquella
que, oyendo mis infantiles
súplicas, salud y vida
me dió Purísima Virgen (3).

Mas te canso con vejeces,
y tu silencio me dice,
buena amiga, que en tus gracias
é ingenio feliz me inspire.

¿Y cómo, si te contemplo
en esta Babel horrible,
púdico lirio entre zarzas
que le ocultan y le oprimen?

¿Yerma no ves la campiña,
y de las nobles raíces
del ya descuajado cedro
brotar y brotar reptiles?

¿No ves por tierra el antiguo
decoro, el vicio sin dique,
la santa virtud con luto,
triunfante y honrado el crimen?

¿No miras cuál se prefieren
á las coronas de Alcides
el machete del pirata
y el ciego furor del tigre?

¿Dónde las altas proezas
de los héroes invencibles,
la lealtad de los Gonzalos
la fé y valor de los Cides?

¡Oh, nave! en tormenta fiera,
vas despeñada á las sirtes,
sin piloto que te salve
y á puerto de paz te guíe.

Levanta el clamor piadoso
al Dios que los orbes rige,
antes que su diestra airada
mayor castigo fulmine.

AURELIANO F. GUERRA.

THEUDIS

Drama trágico de D. Francisco Sanchez de Castro.

Quien como yo profesa y defiende de continuo la doctrina de que los católicos debemos ir á todas partes adonde buenamente puede irse y llenarlo todo con la influencia de nuestras opiniones, ha de gozar como en triunfo propio con los laureles que el inspirado autor de *Hermenegildo* acaba de recoger de amplísima manera. Hay para mí en este triunfo algo más que la satisfacción íntima de quien tiene al laureado autor antiguo afecto de

(1) D. Luis de Montes, en el periódico *La Athambra*, 1839 á 1843.

(2) D. José de Castro y Orozco, segundo marqués de Gerona.

(3) Alude á una imagen de la Virgen colocada en su casa de Granada.

hermano, puesto que considero como trascendentes para la fé, la patria y el arte, sucesos como este de que he de tratar. Y si álguien tomase á buena cuenta estas declaraciones de interesada satisfacción, sepa al punto que ni el amor embaraza siempre la acción de la crítica honrada, ni pretendo examinar aquí con ojos de preceptista una obra superior, sin duda, á mis alabanzas y correcciones.

Entiendo, además, que rebuscar escrupulosamente los ligeros defectos de ciertas obras humanas para hacer alarde de sutileza, es modo vulgar y harto usado é impropio de la buena crítica. Vale tanto esto como descubrir una pincelada incierta en los cuadros admirables de Murillo y Rafael. Resulta más cumplida la satisfacción, ó si procede, más legítimo el disgusto de mirar desde arriba y sin microscopio las obras literarias, que de anotar imperceptibles excelencias ó suaves defectillos; debiendo por tanto la crítica dirigir sus ojos á la contestura, ordenación, desarrollo y término del asunto, al movimiento general de los personajes, á las condiciones visibles y de importancia de la forma externa. Lo contrario sería como empeñarse en sorprender á Homero en sus leves sueños.

¿Es el *Theudis* un drama en que, como sin duda ha pretendido su autor, se formula y resuelve un gran problema teológico? ¿Se desarrolla cumplida y hábilmente en sus escenas la teoría católica del libre albedrío? Creo que sí, y lo digo sin vacilación alguna. Cualquiera que sea la manera formal y de puro accidente alcanzada por el señor Sanchez de Castro en el desarrollo del argumento, aún cuando algunas personas abriguen ligeras dudas sobre el caso, la lectura atenta del drama no puede menos de llevar al ánimo la certeza de que el autor ha conseguido su alto fin doctrinal. A primera vista, á luégo de presenciar el espectador aquel gran crimen de Eurico que hunde el hierro en el pecho de su padre, parece que sólo la fatalidad puede conducir á término tan horroroso la acción del protagonista. Súbitamente surge la idea de Edipo en el ánimo más frío, y nace la comparación entre lo que acaba de suceder y aquellas grandes catástrofes expuestas vigorosamente por el genio inmortal de Esquilo. De aquí nació sin duda la opinión, en cierta manera natural, de que el *Theudis* resolvía en sentido contrario al propósito del autor el problema propuesto.

Pero nótese bien que esta es una impresión del momento, y que no resiste al exámen de la razón quieta y tranquila. De que en el mundo ocasione alguna vez crímenes horrendos una pasión desordenada, no resulta que la fatalidad guió la mano del mísero asesino. No siempre caminan acordadamente los actos humanos para acabar en dichosos sucesos. Si aceptásemos la opinión contraria, ¿dónde se fundaría el valor moral y literario de la tragedia? Eurico sabía bien que era libre, proclamálo á cada paso, quizá con excesiva frecuencia, á juicio de algunos críticos; pero no renegaba de su libertad para disculpar sus vengativos impulsos; ántes bien, se abrazaba á ella para declararse á sí mismo matador fiero é implacable. Así exclamaba momentos ántes de cometer su delito:

Mas no me detengáis, no;
que aunque el bien pararme fuera,
libre soy, y más quisiera
el mal, haciéndole yo.
Con quien sin piedad mató,
no queráis tener piedad;
Y pues mostró la maldad
vuestra sábia Providencia,
para cumplir la sentencia
dejadme la libertad.

Y al punto mata á *Theudis*, proclamándose en su ciego arrebato el albedrío y la Providencia.

¡Cosa extraña! Precisamente *Theudis* es castigado en parte por haber creído en hados, augurios y fatales influencias. Sus desgracias, así como las de su infeliz mujer Tuscía, tuvieron por origen el necio crédito en el poder de las estrellas, y fué menester la suprema desdicha para que al morir reconociese sus errores.

Luchan en Eurico, como en todo hombre, dos opuestas tendencias. Luégo que cobra vuelo su odio que, á mi juicio, innecesariamente se suscita de pronto cuando Eurico ve al rey en casa de Tuscía, el fiero deseo de venganza consume su co-

(1) D. Juan de Cueto y Herrera, canónigo del Sacro Monte de Granada.

azon lleno de castos amores y de juveniles propósitos. Los consejos de un desleal, el ardor de mancebo, el recelo de amante, el despecho de vencido, aumentan y agitan aquella pasión vengadora que un error funesto introdujo en su alma contra el hombre á quien creía matador de su padre y dueño de un trono que juzgaba suyo. Mas enfrente

de su venganza, surgia la voz del bien, representada por el grito incesante de la conciencia y encarnada en aquella mujer que en el momento dramático en que Eurico empuña la daga diciendo:

Si era el ángel del bien el que paraba
mi brazo vengador, del lado mío

ya se alejó, y ardiente como lava
desborda en libertad el abedrío.

se presenta como ese ángel del bien locamente repudiado y detiene la mano vengadora. Y aquí está el nudo de la acción: luchan los dos ángeles contrarios, pero es vencido el bueno y Eurico cumple



TIPOS DEL AFGHANISTAN



su voluntad, para al punto hallar el castigo de su culpa, encontrando en el rey moribundo á su propio padre. Theudis también se declara justamente castigado por sus grandes delitos, cometidos á ciencia cierta y con voluntad indomable.

Con no llamarse tragedia á secas esta obra, bien puede pasar por tal, aunque no tenga la acción el

alto vuelo que el común sentir y la contemplación de las maravillas de los grandes trágicos, exigen rigurosamente en estas producciones. La tragedia corrige con terribles ejemplos las grandes pasiones, mas es preciso que el desenlace no produzca horror tan extraordinario que no mueva en algún modo á compasión y lástima. Ha de tener también fin mo-

ral eminente y aún convendrá, para dar mayor interés á la fábula dramática, que sus personajes ó su asunto tengan algún valor histórico. En este sentido, amóldase á los preceptos fundamentales del género la obra del Sr. Sanchez de Castro. No creo que pueda suscitarse sobre esto duda alguna, ni me consta que le haya ocurrido á nadie.

Por argumento la tragedia tiene la historia...

dice Lope de Vega en su *Arte nuevo de hacer comedias*. El fin de Theudis, la locura insana de su hijo y el dolor de las infelices mujeres mueven á lástima, sin perjudicar ni oscurecer el asombro y el temor que producen los delitos cometidos por aque-

llos hombres; temor, asombro y compasión que, según precepto de Aristóteles, constituyen los fines de la tragedia.

Ocurre la muerte de Hermenegildo fuera de la escena. El Sr. Sanchez de Castro ha querido impresionar más vivamente al auditorio en su última obra, presentando la catástrofe en todo su horror. ¿Gana con esto la obra literaria ó pierde demasia-

do? No lo sé ciertamente, pero sin duda el interés dramático se aumenta y quizá el desarrollo del argumento del *Theudis* exige que las cosas sucedan de la manera expuesta por el autor. El fin moral de la obra resulta más vivo, puesto que aparecen á vista de ojos castigados los culpables y reconociendo sus errores y la acción de la justicia divina. Todo el mundo sabe lo dicho por Horacio y las



PUERTA DE LA CATEDRAL DE SEVILLA.—(Dibujo fantástico de Gustavo Doré.)

polémicas mantenidas por los críticos sobre el particular; pero ni Horacio llevaba las cosas al extremo, ni puede desconocerse que en ocasiones procede herir un poco el sentimiento para interesar mejor al auditorio.

No sé si corre siempre tan suelta y natural como es necesario la acción del *Theudis*. ¿Hay bastantes obstáculos que acrezcan el interés? ¿Surgen los in-

cidentes con la naturalidad debida? ¿Tienen Balta y Tuscia todo el color que exige el importante empleo que les atribuye el poeta? Parece cierto que hay dos ó tres escenas algo lánguidas, aunque no tanto que el público no las oiga con gusto, gracias á la inspiración del escritor y á las bellezas literarias de la obra. De aquí sin duda proviene, que el gran entusiasmo producido por el acto segundo se que-

brante un poco hasta el momento de la catástrofe. La escena novena es larga, y aquellas dos mujeres que derraman copioso llanto, no debieran retardar con exceso el juego de la fábula. Lo mismo digo de la escena quinta del acto primero. Bien puede ser que el poeta, exponiendo dulces y tiernos conceptos, propios de dos nobles corazones femeninos y del paternal cariño de Theudis á Balta, haya

querido suavizar un poco los rigores de la tragedia, y oponer sentimientos tranquilos y suaves á los ardorosos y fieros impulsos del joven Eurico.

La verdad es que cuestra trabajo séguir una accion temerosa mantenida por caracteres tan exagerados como los expuestos, bien que de mano maestra, en *Los Burgraves* de Víctor Hugo, ó en obras de análoga condicion y nervio.

En cuanto á la forma de la obra, la reputacion merecidísima del Sr. Castro, hace del todo inútiles las alabanzas. Hay pocos poetas que puedan compararse á él en fluidez y grandilocuencia. Se ha dicho con razon que su poesía es de alto vuelo, y en efecto, en esta época de realismo literario se extraña oír versos sonoros y armoniosos, estrofas á lo Herrera, imágenes de epopeya y todo aquel grandioso aparato tan propio de la escuela poética sevillana y aún del habla nacional. Aunque no sea extremadamente pura la diccion del Sr. Sanchez de Castro, la entonacion de sus obras es siempre grandilocuente, sin caer en la hinchazon, y en este sentido puede presentarse como modelo.

Y esto es propio de su ingenio, como lo es, por consecuencia, su inclinacion ingénita á emplear el verso endecasílabo, tan adecuado á la naturaleza de sus inspiraciones. Por ello, escribe mejor en endecasílabos que en octosílabos: por ello no ha empleado, sin duda, otro metro en la escena tercera del acto primero.

Esto no quiere decir que sea imperito en el arte de emplear diferentes medidas. Como ejemplo de su manera de escribir, de la profundidad de sus conceptos y de su magnífica expresion, deben conocerse algunas de las celebradas décimas puestas en boca de Eurico y la admirable pintura de una batalla.

Las décimas son estas:

Del mar, la tierra y el viento,
del astro, el bruto y la planta,
nada el concierto quebranta,
nada turba el movimiento:
tras la noche, el firmamento
siempre el sol viene á alumbrar;
siempre al río va á parar
la fuente, y al mar el río,
y á estrellarse va bravío
en la arena siempre el mar.

Ni el ave su cantilena,
negar sabe á la espesura,
ni su indómita bravura
el fiero corcel refrena;
la ley que su vida ordena,
así cumple todo ser...
Mas... ¿quién podrá comprender
lo que el universo fuera,
si esa inmóvil ley pudiera
el universo romper?

Libre sintiéndome, el vuelo
de mi anhelar se agiganta;
que nada fuerza ó quebranta
mi esperanza, ni mi anhelo,
ni el mundo, ni el mismo cielo,
Aunque quebrante mi brío,
arrastrará mi albedrío,
ni le forzaré á ceder;
que suyo será el poder,
pero el querer será mío.

Hé aquí la relacion del combate:

Un día horrible dial el rudo duelo
contemplando indecisa la fortuna,
siguió trabado, cuando ya en el cielo
brillaba, en vez del sol, opaca luna.
Sin parar ni ceder los combatientes,
en confuso tropel luchaban fieros,
despidiendo relámpagos ardientes
al chocar entre sombras los aceros;
y en medio del estrago y la matanza,
del golpe fiero de la muerte heridos,
rodaban á los botes de la lanza
jinetes y caballos confundidos;
y aumentando el horror y la pavora,
mientras el bosque en derredor ardía,
teñido con la sangre en la llanura,
rojo el río bramando se extendía.

Si á las décimas se las ha calificado de calderonianas, ¿no recuerdan estos admirables endecasílabos el arte singular del gran Herrera?

Gusta hoy el público, por la influencia de autores á quienes todos conocemos, de frases cortadas y expresivas, de pensamientos ingeniosos y vivos, aunque sean falsos; del brillo del oro y del oropel; de ideas real ó falsamente profundas encajonadas en cláusulas estrechas; de dichos conceptuosos y agudos. Hay afán de imitar á Tácito en la prosa y á Víctor Hugo en el verso, como si siempre pudieran hablar las musas castellanas de semejante modo, menospreciando la natural condicion de nuestro idioma y de nuestro espíritu. Pero quien escribe para el teatro, ha de ajustarse en alguna manera, á no gozar de extraordinaria fortuna y de altísimas condiciones, á la exigencia del público.

¿No le parece al insigne cantor de la Iglesia y del Concilio Vaticano, de *Hermenegildo* y de *Theudis*, que sería oportuno ensayar de algun modo una nueva direccion de sus grandes dotes de dramático con arreglo á estas exigencias?

JUAN CATALINA GARCÍA.

LECCION DE FILOSOFÍA

—¿Quién lanza en esa jaula
Gritos tan roncós?
—Es acaso una fiera?
—No, que es un loco;
Un pobre hombre
Que enseñaba en su cátedra
Que éramos dioses.

—De quién es esa austera
Sagrada imagen,
Que veneran los pueblos
En los altares?
—De un sacerdote,
Que enseñaba en el púlpito
Que éramos hombres.

JULIO ALARCON Y MELENDEZ.

NECROLOGÍA

En la primera plana de la *Revista* verán los lectores el retrato del Sr. D. José Amalio Muñoz, fundador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, muerto en la flor de su vida bajo el peso de sus muchos trabajos.

Al escribir su biografía y publicar el retrato, pagamos un tributo de cariño y de respeto al laborioso tipógrafo que, con actividad incansable, consagró su existencia á las árduas tareas de su profesion, logrando en ella triunfos, si no ruidosos, fecundos y provechosos para la sociedad, en la que deja al morir una obra tan útil como esta *Revista*, un ejemplo de virtud y modestia á sus amigos, y un nombre intachable á su cristiana familia.

Celebren otros las sangrientas hazañas de los conquistadores ó los triunfos estrepitosos de los que el mundo llama héroes; la caridad cristiana teje con más amor sus coronas para el sepulcro de los sencillos y humildes, que pasaron por la tierra haciendo bien sin ruido ni aplausos, y se complace mejor que con aquellos en guardar su memoria para ejemplo de los altivos y soberbios.

El fundador de LA ILUSTRACION no tiene una biografía novelesca que pueda interesar al público, ávido de emociones fuertes; su vida, por lo mismo que fué laboriosa, careció de situaciones dramáticas, desliziéndose silenciosamente por los talleres tipográficos, en los cuales ha quedado impresa su huella.

Nacido en Ciudad-Real en 1840, de padres humildes pero honrados y laboriosos, pudo á fuerza de sacrificios seguir la segunda enseñanza en el Instituto de aquella poblacion, obteniendo las más aventajadas notas como premio justo á su aplicacion y talento. A la par que los estudios cultivaba en el taller de su padre el arte tipográfico, en el cual hizo desde luego rápidos progresos, tanto más admirables cuanto más repartidas tenía las horas de trabajo.

Concluido el bachillerato, ambicionando con legítimo deseo mayor campo á su actividad incansable, pudo venirse á Madrid, donde comenzó la carrera de medicina sin reparar lo costosa que es hoy la vida del estudiante, gracias á los *progresos de la cultura moderna*. ¡Dichoso afán el del joven estudiante para sufragarse los gastos de su carrera! ¡Envidiable valor el suyo, que, solo, sin fortuna, lejos del hogar doméstico, emprendió la árdua tarea de seguir los costosos estudios de la medicina, en los cuales cifraba la esperanza de legítimos triunfos! Ayudándose con el trabajo tipográfico, pudo llegar hasta el cuarto año; pero allí la Providencia le detuvo, visitándole con larga enfermedad, natural consecuencia de sus extraordinarios afanes.

Al salir de ella, aconsejado por sus maestros y amigos, decidió consagrarse exclusivamente á la imprenta, y en efecto, en ella encontró muy pronto una reputacion envidiable que le llevó á dirigir algunas muy importantes de esta capital, siendo buscado y codiciado por todos los autores y editores para entregarle sus mejores obras.

En 1868 contrajo matrimonio con una joven tan laboriosa y cristiana como él, obligándole las atenciones de la familia á redoblar sus esfuerzos para grangearse mayores frutos de su honrado trabajo.

La reputacion que en el arte tipográfico llegó á conseguir el señor Muñoz, permanece todavía en la memoria de todos, y esto nos excusa de prodigarle mayores alabanzas. ¿Para qué hablar aquí de las imprentas que montó y dirigió; de los trabajos difíciles que llevó á cabo, cuando viven los que participaron de sus trabajos y corren de mano en mano las obras impresas bajo su direccion inteligente y laboriosa?

Pero la obra que ha coronado tan afanosa vida, la empresa noble y generosa en que el señor Muñoz ha consumido sus fuerzas, gastadas por el trabajo, ha sido la publicacion de LA ILUSTRACION CATÓLICA, en la cual depositó los ahorros de toda su juventud y las esperanzas de su vejez. Sobreponiendo su legítimo anhelo de hacer una obra necesaria en España á las dificultades extraordinarias de la empresa, lanzóse á ella con los bríos de su corazon, despreciando todo género de sugestiones y peligros.

Y en efecto, LA ILUSTRACION salió, se propagó como las buenas obras, por la proteccion de los buenos, y hoy comienzan á tocarse los resultados de tantos sudores y tan costosos sacrificios. Pero su fundador, al ver este resultado, cumplida su mision en la tierra, ha pasado á mejor vida en brazos de la religion, que ha endulzado su larga agonía.

Repitamos ante su sepulcro las hermosas palabras con que un escritor insigne comenzaba la biografía de otro hijo del trabajo, elevado por su laboriosidad á fortuna envidiable. «Envidiense pocas honras, y mucho la intachable conducta, las privaciones dignamente sobrellevadas, los peligros con entereza afrontados, las dificultades con sano ingenio vencidas, y la adversa fortuna esclavizada por cristianos y sobrenaturales bríos.»

En este concepto es envidiable y digna de alabanza la vida del señor Muñoz, fundador de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuacion)

—¿Y cree usted que mi madre?...—le interrumpió de nuevo Pichenet.

—Verá usted exactamente lo que ha sucedido con su mamá de usted,—respondió Badabreux que se engullia las rajás de tocino despues de haberse ya comido la pierna de carnero,—su madre de usted logró escajarse de la casita incendiada: esto es positivo. Yo he visitado aquellos parajes para poder hablar con conocimiento de causa. Tomó la trasera de la alameda de Onges y ganó la selva, donde se ocultó perseguida siempre por el condenado de Malbrouk que habia jurado machacarla la cabeza entre dos cantos. Durante muchos dias han andado los dos jugando al escondido.

dite en la selva. Los que han visto á Malbrouk, sin conseguir nunca prenderle, aseguran que repite con frecuencia en su furiosa locura estas palabras: ¡La he tocado! ¡La he tocado! ¿Es de su madre de usted de quien habla?... Yo no creo nada de todo esto. Más en todo caso su madre de usted ha dado de Scyla en Carybdis el domingo á la tarde ó el lunes á la mañana, pues por escapar de la persecución de Malbrouk ha entrado en el castillo de Barba-azul al mismo tiempo que Blanquita.

Pichenet, se levantó y pagó la cuenta.

Despojada de lo que pudiera tener de exagerado la delación de Badabreux, era infinitamente más inteligible que todo aquel amasijo de misterios y murmuraciones que había reunido el médico desde su llegada á Rennes.

La entrada de la Chaumel en el castillo de Grail en compañía de Blanca, era una cosa verosímil.

—¡Aguarde usted!—exclamó Badabreux al verle levantarse.—Todavía no le he contado á usted la cuarta parte de lo que sé. El teniente de Rey va á poner sitio al castillo de Barba-azul. Ya se están limpiando los cañones de la ciudad en el arsenal. Y Coetlogon...—no hablo ya del teniente de rey, sino de su sobrino el joven Alberto—ha jurado que incendiará el castillo para recobrar á la señorita Blanca, su novia...

Pichenet estaba ya á la puerta.

—¡Aguarde usted!—repetía Badabreux—quisiera consultar con usted sobre una maldita ciática que gané allá en el ejército...

¡Jamás había puesto los pies en el ejército el bueno de Badabreux!

—¡Aguarde usted con mil diablos!... ¡Y se ha marchado ese hijo de una loba! Es capaz de ir á que le rompan la cabeza de un tiro en los fosos del castillo de Terciopelo... ¡Hola! Matea!—Matea era una muchacha inmensamente sucia, que venía á ser la maritornes de la posada del Gallo, y acudió en seguida al llamamiento de Badabreux.

—¿Cuánto te ha dado por la cuenta, rubia mía?—preguntó Badabreux.

—Un escudo de seis francos.

—¡Eso es, hermosa! Dos cuartillos de vino de Nantes diez y cho suses (*perros chicos*), una pierna de carnero quince suses, lo cual hace treinta y tres. Doce suses del tocino del mechado, nos dan un total de cuarenta y cinco suses ó sean dos francos y cinco suses. Vuélveme, pues, dos francos y quince suses, y yo te daré seis céntimos de propina.

Pichenet acaba de montar á caballo y corria al galope en dirección de la terrible morada que llamaban la Sepultura de Terciopelo.

XVI

Aventuras de noche.—Gentes que saltan bien.
Cruzada contra Barba-azul

Pichenet pasó al galope bajo el polvorin de la ciudad, grueso torreón redondo que flanqueaba la entrada del barrio de San Hilario, y tomó este último camino que debía conducirle en derechura al castillo de Barba-azul.

¿Por qué se iba todo el camino repitiendo á sí mismo en el fondo de su corazón: «yo no amo más que á mi madre?»

¿Por qué la imagen de María moribunda, de María muerta y de María feliz, pasaban toda la noche alternativamente por delante de sus ojos?

De todas las exageraciones y de todas las extravagancias que corrían por la entontecida ciudad de Rennes, resultaba, cuando menos, esto de cierto: á saber, que el conde Enrique de Lacuzan tenía á su mujer esclavizada y que últimamente la había incomunicado por entero. María sufría.

Más, ¿con qué derecho pretendería Pichenet ir á socorrerla?

No obstante, Pichenet hundía las espuelas en los ijares del caballo.

—¡Voy allá por mi madre, nada más que por mi madre!—se decía.

Pero si nadie le ponía esto en duda, ¿qué necesidad tenía de repetirlo con tanta frecuencia?

La noche estaba oscura. El cielo se iba cubriendo de densos nubarrones. Resonaban las pisadas del caballo sobre el camino desierto. No había en-

tónce las anchas y hermosas carreteras que vemos ahora. Los caminos de Bretaña estaban llenos de barrancos, y Mme. de Sevigné hubiera podido escribir deliciosas cartas sobre los mil obstáculos que embarazaban la vía. Una tierra, un prado, una casucha obligaban al camino á dar grandes rodeos. Se replegaba á cada paso sobre sí mismo y se cruzaba con mil senderos que se le asemejaban. En una noche oscura, era harto difícil no perderse en aquellos laberintos.

Pichenet, que no había vuelto á ver á su país desde la infancia, veíase muy á menudo obligado á detenerse para orientarse en medio de las tinieblas de la noche. En una de estas paradas oyó resonar en el camino, en medio de la silenciosa oscuridad el paso de otro caballo. Venía lejos todavía, muy lejos. Pichenet miró hacia atrás, y no vio nada.

Aguardó un instante.

El otro viajero nocturno venía también al galope y pasó al lado mismo de Pichenet sin verle.

Este tuvo ya la boca abierta para preguntar por su camino, pero luego le dió otra idea y se calló. Había podido distinguir que el jinete llevaba una venda en la mejilla; y precisamente en la mejilla había sido herido Alberto de Coetlogon en su duelo reciente con el caballero Talbouet.

No necesitaba ya más Pichenet para quedar convencido de que aquel viajero era Alberto de Coetlogon y que se dirigía también al castillo de Barba-azul.

Lanzó de nuevo su caballo al galope.

Hasta entonces, todo iba muy bien; pero tropezóse bien pronto con que el viajero no era ni con mucho tan sufrido como el solterón Badabreux. Al cabo de unos cien pasos, notó que le seguían, y puso el caballo al trote. Pichenet hizo lo mismo.

Entonces el viajero desconocido paró bruscamente su montura.

—¡Hola!—gritó al ver que Pichenet también se paraba.—Si es usted algún emisario de mi tío el teniente de rey, vuélvase usted y dígame que me ha encontrado aquí con una pistola en cada mano dispuesto á saltarle la tapa de los sesos si trata de impedirme hacer mi capricho.

Parecía, pues, que el teniente de rey había tratado de meter en razón al señorito Alberto y que el señorito Alberto pretendía caminar sin andadores.

—Yo no soy emisario de su tío de usted, señor de Coetlogon,—respondió Pichenet.

—Entonces,—repuso Alberto,—Dios guarde á usted, amigo; pero hágame usted el obsequio de pasar delante; no me gusta sentir á nadie á mis zancos.

Pichenet avanzó algunos pasos hacia Coetlogon.

—¿No quiere usted permitirme caminar en su compañía?—le dijo.

—No.

—Es que he perdido el camino.

—¿Qué camino?

—El vuestro.

Coetlogon montó una de sus pistolas.

—Buen amigo,—dijo,—le prevení á usted que no estoy para bromas.

—Ni yo tampoco en verdad,—exclamó el médico;—pero si usted no quiere que yo le acompañe, los caminos del rey son libres, yo le seguiré á usted de lejos.

—Y si le envío á usted la bala de mi pistola?

—Yo también tengo pistolas en el arzon, señor don Alberto, pero en el caso presente me comprometo desde luego si me tira usted á no contestarle con ellas.

Alberto dejó escapar una exclamación de impaciencia.

—¿Qué demonio de pesado!—refunfuñó, y añadió en voz alta:

—Pues bien, acabemos, camarada, porque el tiempo pasa y ¿quién sabe lo que puede valer un minuto esta noche? ¿Usted quiere ir al castillo del Grail?

—Sí, eso quiero.

—Allí no se entra.

—Yo entraré.

—¿Por las ventanas acaso?

—¿Por los tubos de las chimeneas si es preciso!

—¿Y qué va usted á hacer al castillo del Grail?

Los dos jóvenes estaban en este momento muy cerca el uno del otro.

—Señor de Coetlogon,—dijo Pichenet,—tome usted mi respuesta por lo que en sí es, leal y dada por un hombre que le quiere á usted bien.

—Veamos la respuesta.

—Yo no voy al castillo del Grail por la preciosa Blanca de Noyal.

Estaba la noche demasiado oscura para poder ver el gesto que hizo el joven Alberto.

—¡Ajá!—murmuró,—¡qué diantre!... ¿Pues por quién?

—Ese es mi secreto.

Coetlogon guardó silencio por un instante, después espoleó el caballo, y dijo:

—Al fin... ya lo veremos.

Pichenet y él continuaron su viaje en compañía.

No sabemos cómo sucedió, pero la verdad es que cuando Alberto de Coetlogon y el joven médico llegaron á los fosos del castillo de Barba-azul, iban unidos como dos dedos de la mano.

Ambos á dos eran jóvenes, valientes, decididos.

—¿Qué tal, compañero?—dijo Alberto,—si le llevo á pegar á usted un tiro en mitad de la frente, hubiera sido una lástima, y nunca me lo hubiera yo perdonado.

—¡Bah!—dijo Pichenet.—No se veía una gota, y de seguro que hubiera usted errado la puntería.

—No lo creo, pero en fin, yo le quiero á usted; es usted un buen amigo...

—¡Vaya!—le interrumpió el médico—hénos aquí al cabo de nuestro viaje. ¿Quiere usted hacerme algún encargo para la señorita de Noyal?

—Si usted penetra en el castillo,—le respondió Alberto,—bien podré yo entrar con usted.

—No lo creo así—dijo á su vez Pichenet.

Los dos viajeros amarraron sus caballos dentro de la selva y avanzaron muy despacio y en silencio hasta la orilla. Los últimos árboles bajaban hasta el foso, que era muy profundo y estaba lleno de agua. Desde hacía como una media hora, la noche iba aclarando un poco. Levantábase pálida la luna sobre un trono de vapores plateados, y podían distinguirse los altos perfiles del castillo que se proyectaban en el cielo, menos sombrío por la parte del Oriente.

Era aquel un magnífico edificio; y cuando se hablaba de hacer salir los cañones del arsenal para reducirle, no había en ello pizca de exageración.

En el siglo XVII, hacía el fin de la regencia de María de Médicis, se había reedificado el Grail dentro de los restos firmes todavía de un castillo de la Edad Media. En la época en que pasa nuestra historia, duraba todavía en pie una gran parte del antiguo muro de defensa, rodeando por tres de sus costados el cuerpo de fábrica moderna.

Tres altas torres, rematadas en punta, flanqueaban la muralla antigua, y dos de ellas comunicaban por medio de puentes colgantes con el piso más alto del castillo.

Todo el conjunto estaba circundado por el foso de que hemos hablado anteriormente, digno en verdad de una fortaleza. Por el lado que no había muralla, se elevaba un terraplen excelente, pero al fin era un terraplen.

Coetlogon y Pichenet se quedaron unos instantes contemplando aquella masa imponente que la noche hacía más misteriosa y más temible. Parecía que debían haber hablado de Lacuzan en el camino, pues que Coetlogon murmuró:

—Sí, sí... ¡ah!... dice usted muy bien; antes era un corazón noble: yo no he tenido mejor amigo desde que llevo bigote. Pero... pero se dicen de él tantas cosas!

—Usted, por de pronto, no cree ninguna de esas cosas, por cuanto ha venido aquí.

—Yo no creo una palabra de lo que hace relación á Blanca. ¡Dios me libre de semejante cosa! Blanca es tan pura como los ángeles del cielo. Pero Lacuzan estaba celoso: esto no puede negarse.

—¿No está usted mismo también un poquito celoso, señor de Coetlogon?

—¿Yo?—respondió Alberto con cierto embarazo.

—Usted me ha preguntado la miseria de diez veces en el camino si era verdad que no venía al castillo por ver á Blanca!...

—Eso es verdad. Pero lo que se dice...

—Atienda usted. Hace doce horas justas que entré yo dentro de los muros de Rennes, y si usted quiere prometerme que no hará uso de sus pistolas, yo le diré á usted que me han repetido lo mé-



nos doce veces en estas doce horas, que Alberto de Coetlogon era un cabeza-rota, un loco...

—¡Bah! ¡bah!...—exclamó Alberto riendo.

—Un majadero,—añadió Pichenet.

—Eso es más grave,—refunfuñó Goetlogon, tratando todavía de reírse.

—Y algo de más grave todavía,—continuó el médico;—pues el hombre que se ha batido por Lacuzan, no puede estar más al abrigo de la maledicencia que Lacuzan mismo,

—¿Y qué?—exclamó Coetlogon,—el hombre que se ha batido por Lacuzan está aquí para averiguar ese enigma, y si la aclaración del enigma no le agrada, Lacuzan pagará por todos.

Al concluir de pronunciar estas palabras, Alberto dió un paso hacia atrás. Una carcajada estridente y burlona acababa de estallar á sus pies.

—¿Es usted el que se ríe de mí, caballero?—preguntó encolerizado asiendo de un brazo á Pichenet.

Pichenet no tuvo necesidad de responderle. Una figura sombría, de talla casi gigantesca, se levantó de entre la hierba delante de los dos jóvenes. En el sitio donde debía tener la cara, no había más que una cosa negra. Rodeaban su cabeza fuertes, lueños y erizados cabellos.

Aquella especie de fantasma levantó los brazos y mostró el castillo con ademán enfático.

—¡La he tocado!—murmuró—¡la he tocado!... ¡está tocada... tocada!... ¡El mal se pega!...

Después, dando un extraordinario salto, se lanzó al agua del foso, cayendo cerca de la orilla opuesta, y desapareció entre los juncos.

El ruido que produjo el cuerpo al caer en el foso, despertó un ligero movimiento sobre las murallas. Pichenet y Coetlogon pudieron oír un murmullo de voces y de pasos sobre las almenas, y se ocultaron tras de los primeros árboles.

—¡Por vida mía!—dijo Coetlogon procurando serenarse; ¡hé ahí un mozo que selta bien!... ¡menuda zancada!

—Yo salto mejor todavía,—replicó Pichenet.

—¿Usted?—exclamó Coetlogon sorprendido.

Y añadió en seguida pasándose la mano por la frente.

—¡Pero, señor!... ¿es que aquí ya todos nos hemos vuelto locos?

—Antes de despedirme de usted,—prosiguió Pichenet,—pregunto á usted por segunda vez si tiene usted alguna cosa que decir á la señorita de Noyal.

—Pienso que no pretenderá usted seguir el mismo camino que ese espectro.

—Sí por cierto. Sólo que yo saltaré más lejos para posar en tierra firme y no mojarme los pies.

—Eso es imposible.

—Va usted á verlo.

(Se continuará.)

NOVEDADES LITERARIAS

El 29 del pasado celebró junta pública la Academia Española para dar posesión de su plaza de número al Sr. D. Eduardo de Saavedra, el cual leyó un discurso sobre la *Literatura aljamiada*, contestándole en nombre de la Corporación el actual Presidente del Gobierno D. Antonio Cánovas del Castillo.

El trabajo del Sr. Saavedra es concienzudo, y no dudamos en afirmar, con un ilustre académico, que si sobre cada una de las cuestiones difíciles que abraza nuestra historia literaria contásemos con una disertación semejante, España podría gloriarse de poseer la mejor historia literaria de Europa. Pero como nada hay perfecto en este mundo, á la obra del Sr. Saavedra podrá poner dos reparos la crítica. Acaso diga, que siendo tan pobre el asunto, debiera haberlo relacionado con la historia general de nuestra literatura, para que á vista de ojos pudiera apreciarse la conexión que guarda la literatura de los moriscos con la de los españoles, y avalorarse así el trabajo, que parece miembro arrancado de un cuerpo que no sale á la escena; posible es que diga también que carece de amenidad el discurso, porque la erudición y la crítica histórica ahogan la belleza de la forma, la cual, en un discurso académico, debiera ser siempre armoniosa y galana.

El discurso, á pesar de esto, es digno de la reputación del Sr. Saavedra, de su mucha laboriosidad, de su buen juicio, de su erudición oportuna, discreta y abundante. El catálogo de obras aljamiadas que le acompaña no tiene precio.

En cuanto al del Sr. Cánovas del Castillo, hay mucho que decir: por de pronto, equivocó los papeles, y en vez de escribir para la Academia de la Lengua trabajó para la de la Historia. Su discurso es una página de historia de España escrita con gran trabajo y abundancia de datos, con golpes magistrales, dignos del talento del autor; pero con crítica poco segura y estilo áspero y revesado.

Aunque duda y vacila en sus apreciaciones históricas, por fin, parece inclinado á defender la expulsión de los moriscos, opinión acertada que debiera haber tratado con más decisión y energía, ya que no le faltaban datos al docto discursante. Por ejemplo, apunta la idea de que si en el año de 1610 no hubiesen sido expulsados los moriscos, la unidad nacional hubiera sucumbido en 1640, cuando insurreccionado Portugal, incorporada Cataluña á Francia, agitadas y revueltas otras provincias, la existencia de moros y judíos en el corazón de España habría completado su ruina. Esta idea es tan luminosa é incontrastable, que debiera haberla expuesto con todo el posible desarrollo; y sin embargo, se contenta con apuntarla y pasa de largo

como quien no ha dicho nada. Por este orden hay otros lunares en la obra del Sr. Cánovas, que no apuntamos por no ser prolijos.

No seríamos justos si no añadiésemos que la sesión del día 29 en la Academia Española fué de las buenas, de las que dejan grato recuerdo en la memoria de los concurrentes.

La Academia de la historia ha devuelto aprobado el discurso de recepción del Sr. D. Fidel Fita, cuya contestación corre á cargo del Sr. Saavedra.

El discurso del docto P. Fita tiene dos partes: la primera es una interesante biografía del insigne cardenal Margarit, y la segunda un estudio admirable sobre las primitivas lenguas de España.

Creemos que muy pronto se verificará la recepción del sabio jesuita en la Academia que le ha llamado á su seno, y desde ahora auguramos que será suceso que hará época en los anales de aquella docta asamblea.

En el mes corriente se celebrarán en *La Juventud Católica* de Madrid importantes sesiones. Las conferencias públicas están á cargo de los señores Fita, Creus, Menéndez Pelayo, Alonso S. Benigno, García Menéndez y Perez Villamil.

Continúan con buen éxito las conferencias á los obreros, que explican, con su acostumbrada elocuencia, los Sres. Barsi, Gadró y Sanchez de Castro.

JEROGLÍFICO.



La solución en el próximo número.

NOTA. A última hora, cuando ya era imposible corregir el grabado, se ha advertido que la primera nota de música es un si debiendo ser un sol.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

AGENDA DE BOLSILLO

PARA 1879.

Verdadero inseparable ó libro de memoria para 1879, con el calendario y Guía de Madrid.

PRECIO, DESDE 1 PESETA HASTA 19.

Los libros de memoria no necesitan elogios, pues todo el mundo sabe los grandes servicios que prestan.

DOS REALES EN TODA ESPAÑA

Calendario Americano para 1879, ó sea calendario español hecho en la forma del Americano, con una indicación el primer día de cada mes de los trabajos que deben practicar los jardineros y hortelanos, charadas, adivinanzas, seguidillas, proverbios, refranes, anécdotas, etc. Este calendario, el más popular y útil como indispensable para hacerlo accesible á todas las clases de la sociedad, se ha establecido á un precio baratísimo.

AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIA PARA 1879

con noticias. Guía de Madrid y calendario.—Precios, desde 2 pesetas hasta 3.75. Libro ya demasiado conocido como inseparable á todas las casas sin excepción para insistir más sobre su utilidad. Se hallarán de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Ballière, plaza de Santa Ana, 10 Madrid, y en todas las de provincias.

LA ILUSTRACION CATOLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscriptores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscriptores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

IMPRENTA

Se vende una, muy surtida de caracteres ordinarios, titulares, filetes de zinc para rayados, ramas, platinas de hierro, cajas, chivales, galeras, galerines y cuantos útiles se necesitan en un establecimiento de esta índole.

También hay una prensa de hierro.

Se venderá todo en globo ó al detall, según convenga, en las oficinas de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4.

OBRAS DE PEREZ VILLAMIL

Para los suscriptores de LA ILUSTRACION CATOLICA, el autor ha hecho una rebaja de 25 por 100 en las siguientes:

La Peregrinación Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscriptores de LA ILUSTRACION 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales, para los suscriptores de LA ILUSTRACION 4.

Los pedidos á esta Administración, calle de la Villa, núm. 4.